

tario, congratulándose con él de la margarita preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila. Todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era lijera, pues quedaban de concierto de encubrirla á él; y que segun esto, no había de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba D. Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decía á voces: Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si D. Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos,

y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaban, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamiento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, sé me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flemma del escudero, y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo tambien de hoy mas soy quitó de la palabra que os dí, pues con la ayuda del alto

Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con D. Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor, y me lleva mi cola, y hámelas vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me la han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, enviándose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien, y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista

Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataría. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si no, muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo; porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer), que Leonela había de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa ó no: y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabía responder palabra, ni ménos sabía resolverse en lo que haría. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó, y fué á donde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas ahudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se había descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decirselo á Camila, y no hallándola en la

caña ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razón de lo que pedía. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos, y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario. Mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa, y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola. No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdición. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde había estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros; y allí se estuvo hasta casi que anochece, y á aquella hora vió que venía un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió: Las mas extrañas que muchos dias há se han oído en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los *Dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Adios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabía su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejéronle acostado y solo, porque él así lo quiso; y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció por las premisas mortales que en sí sentía, que se le iba acabando la vida; y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo

el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposición, y hallóle tendido boea abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, y habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondía, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

«Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para que...»

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabían su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudemus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, ansimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote, y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy

gentil talle y disposición eran, fueron á apearse la mujer que en el sillón venía; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces ni hablado palabra alguna, solo que al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: Par diez, señor, yo no sabré decirlos qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto digo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de lo que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagarnoslo muy bien. ¿Y habeis oído nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y según se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece. Todo podría ser, dijo el cura; y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como había oído suspirar á la embozada, movida de natural compasión se llegó á ella, y le dijo: ¿Qué mal sentís, señora mia? Mirad si es alguno de quien la mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, al que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oír alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazón la que hasta allí había estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de D. Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? Qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó en

pié y fuése á entrar en el aposento, lo cual vió por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbación y desasosiego se le cayó el tafetan con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenía, era su esposo D. Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro á Cardenio, y ella la había conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á D. Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. También D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos. Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera: Dejadme, señor D. Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad cómo el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Había en este entre tanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondía á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés

está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad ó por tu gusto quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído solo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que poca ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla D. Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lasti-

mada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian. El cual lleno de confusion y de espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó D. Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándose á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decía: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á tí mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acrecienta tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazón acudieron los amigos de D. Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando, supli-

cándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pudiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndose la cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las leyes fuertes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones añadieron todas otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levántas, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que merecis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitable señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego

Cardenio y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando no sabia qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro día supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedare en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio; y así aguardando un día á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien